

A SALTO DE REBECO

EXPERIENCIAS DE UN CAMPAMENTO FORZOSO A 3.100 METROS DE ALTITUD

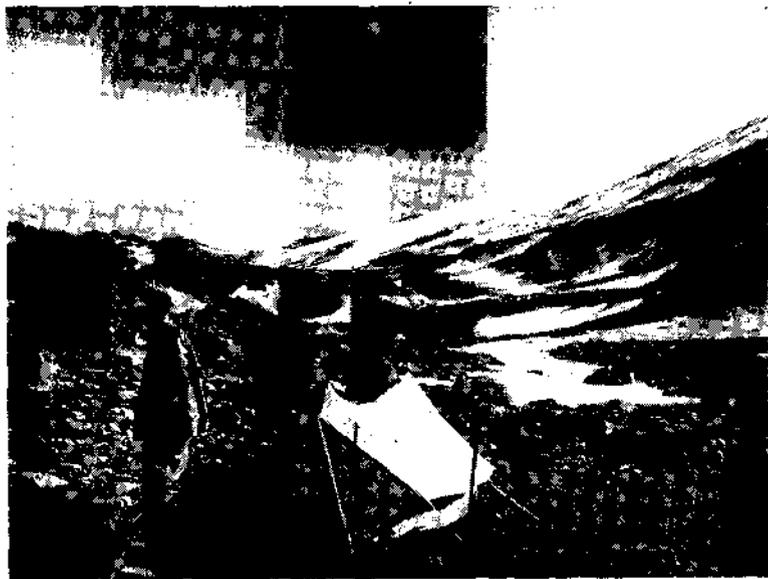
A Reyes Corcóstegui, compañero ideal de un buen número de mis mejores excursiones de Alta Montaña.

Si, fué una experiencia interesante la que viví la noche del 28 al 29 de Mayo de 1949. Cruzábamos la Sierra Nevada desde Las Alpujarras a Granada. De mis notas múltiples de montañero vagabundo acaso sean algunas de las que se refieren a esta excursión las que evocan, ahora, situaciones difíciles más tiempo prolongadas; el instinto y la tenacidad nos permitieron soportarlas. Voy a referirme a una de ellas, la más imprevista, porque el hecho tiene el valor de lo anedótico poco corriente y además el de lo experimental. Una nevada tardía había cubierto la inmensa masa orográfica, manteniéndola blanca y helada por encima de los 2.800 metros.

* * *

MULHACEN.—Las 18,45 (Hora solar).

Iniciamos el descenso. Hace calor y una reverberación extraordinaria, moviéndose y brillando cegadoramente a un tiempo, convierte al espacio en una masa líquida aturridora. Deslizándonos sobre la brillante superficie de su ladera meridional, rápidamente vamos dejando arriba el montón de arruinadas construcciones que corona al Rey de Reyes Ibérico. Una caída afortunada de mi compañero vencido por el volumen y el peso de la mochila, nos advierte a tiempo que debemos prescindir de resbalar por las pendientes fuertes. Así, sacrificando la velocidad a la seguridad, buscando los afloramientos rocosos y las superficies más tendidas, nos sorprende el rosado crepúsculo con la rapidez característica de las zonas meridionales. No perdemos la calma, pero sí la esperanza



«No lo pensamos más y salimos al exterior. Son las 11 de la mañana» (Al fondo el Collado de La Caldera y el Circo de igual nombre).

(Fot. L. Peña Basturlo).

El Rey de Reyes Ibérico.
(Vista tomada desde
el Cerro de Los Ma-
chos: Cuchillos del
Veleta y Circo de Rio
Frio, Cerro Pelado,
Collado de La Calde-
ra, Mulhacén, y
La Alcazaba).

(Fot. L. Peña Basurto).



de alcanzar la zona libre de nieves. Desde lo alto, en lo absolutamente desconocido, en aquel mar geológico impresionante, buscamos con angustia la oscura superficie, no lejana, que representará para nosotros el lugar limpio de nieves y seco donde poder plantar la tienda y pernoctar. Dominamos todavía el estrecho collado que separa Cerro Pelado del Mulhacén; en él una tersa y azulenca superficie helada delata el vaso de la Laguna de La Caldera; un poco más abajo de un pequeño lagunillo también congelado emerge y se precipita tumultuosamente hacia el Barranco de Poqueira el torrente o río Mulhacén. Siguiendo con la vista su curso, saltando con él hacia abajo, divisamos unos planos lagunosos y sin nieve, ya a esa luz débil y difusa que precede a la noche. Nos apresuramos. Centelleaban las estrellas en el firmamento cuando con ruidoso chapoteo cruzamos las charcas en todas direcciones buscando entre ellas un espacio seco. ¡En vano! Acosados por los escasos minutos de claridad que implacablemente escapan, saltamos de un brinco el ancho cauce del torrente y, corriendo casi, subimos hacia su emergencia. Un pequeño e insignificante altozano se nos ofrece, al fin, herboso y seco. Las 20,45; dejamos las mochilas en el suelo. Súbitamente he padecido un fuerte escalofrío. Hace frío, un frío sutil y agudo que penetra en mi organismo, atenazando los mús-

culos y hasta la voluntad. Apresuradamente mientras extendiendo las lonas, clavo las clavijas, planto los mástiles y tenso la tela reciamente, me domina una inquietud nunca sentida y tengo el presentimiento de que una aventura de nuevo tipo, absolutamente insoslayable, acaba de empezar. ¡Ya está! Grito a mi compañero que fué al torrente a llenar de agua todos los recipientes disponibles. Mientras cambiamos nuestros mojados calcetines por otros secos, trato de adivinar el futuro... Nos ponemos toda la ropa que poseemos, entramos y cerramos apretadamente las dos telas de la puerta. Las 21,15... La cocinilla ardía bajo la blanca tienda; desde fuera debía parecer una enorme luciérnaga tratando de hacer competencia a la extraña claridad producida por millones de estrellas.

¿Qué hora de la noche o de la madrugada es? ¡Cualquiera! Todo mi cuidado se concentra en que no se apaguen los tres fragmentos de vela que he de encender no ha mucho y que arden en otros tantos ángulos; que no baje la presión de la cocinilla al rojo vivo en otro; en tapar, en cerrar herméticamente la tienda colocando sobre los faldones interiores todos los útiles que tengo a mi alcance... Fumamos y fumamos. El frío va en aumento y resulta ya totalmente químérico tratar de conciliar el sueño. Cada 45/60 minutos, caliente agua y preparo café con leche que bebemos casi al punto de ebulli-

ción. Nos arrimamos; apretadamente tratamos por enésima vez de darnos mutuamente calor. Fuera, el ruido, el estruendo del torrente cercano se ha convertido en un rumor... Fumamos.

Comienza a amanecer. Es una lívida claridad la que parece resbalar sobre la lona. «Pronto terminará esto», comentamos. Las 4, las 5, las 6... las 9, ¡Las 10!... Un rayo de amarilla luz ha penetrado en el pequeño circo; lo vemos acercarse a nuestra tienda; parece luego que va a rodearla; nos sobresaltamos y la seguimos ávidamente con los ojos... ¡Ya! Se ha posado tímida y silenciosamente sobre el blanco tejido. Lentamente se va agrandando y, al fin, es como si nos enfocara un gigantesco reflector caldeando suavemente el ambiente. No lo pensamos más y salimos al exterior. ¡Son las 11! Hemos permanecido 14 horas bajo aquella leve vivienda que contemplamos. El torrente está semi helado, de sus orillas penden largos carámbanos que el de nuevo creciente caudal, a pesar de su violencia, no podrá romper sin la ayuda del sol...

* * *

Todo ha sido recogido. Tomamos el último sorbo de café bien azucarado, y mascando unos terrones de azúcar, nos ponemos en marcha hacia el Picacho Veleta... Son las 11,25. En la espalda, a través de las ropas y del impermeable, sentimos una tibia y dulce caricia confortadora.

OBSERVACIONES

Vestimenta.—Careciendo de mantas, hubimos de ingeniarnos un medio para tratar de conservar al máximo nuestro propio calor. Los impermeables completos hicieron de caparazón aislante. El pantalón lo atamos por la cintura sobre la chaqueta; las bocas de sus pertrenas las cerramos herméticamente con gomas, precisamente sobre la caña de las botas. Al cuello la bufanda, sobre

la cabeza la boina y, por encima de ambas prendas, el capucho. Las manos enfundadas en guantes con cuyas correas cerramos las bocamangas.

Dieta.—La cena se compuso de algunos trozos de jamón, dos huevos crudos, queso, vino, pan y azucarillos; como remate medio litro de café con leche. Luego, aproximadamente cada hora, un vaso de tal combinación.

Alojamiento.—Entre los errores que cometimos éste fué el fundamental. El montaje de la tienda no fué adecuado. Al no estar el terreno completamente seco hubimos de utilizar la doble techumbre —plegada en dos— como pavimento en lugar de colocarla en su lugar sobre la tienda o celda propiamente dicha. Así, ésta quedó expuesta directamente al ambiente exterior sin la protección de una cámara aislante de condensación.

Irreflexiblemente, también cometimos errores de otro tipo. Mi compañero bebió varias veces alcohol del botiquín, de 90 grados; yo aun corrí un riesgo mayor al ingerir una tableta de «Dormifeno». El alcohol le produjo a él fiebre, y, en cuanto a mí, tuve la suerte de que el soporífero no me hiciera el menor efecto.

Desconocemos las temperaturas que pudieran establecer con exactitud el frío que hubimos de soportar. Sin embargo el cambio fué raudo y brutal. Sin engaño, puedo asegurar que en la cima del Muthacén la temperatura no bajaría de los 20 grados sobre cero cuando iniciamos el descenso; el hecho de que decreciera muy notoriamente el aforo del torrente y la evidente congelación de sus orillas nos permite calcular un descenso mínimo de unos 30 grados entre las 19 horas del 28 y las primeras del día 29 de Mayo de 1949.

LUIS PEÑA BASURTO

DEL CLUB DEPORTIVO FORTUNA Y
DEL G. DE C. N. «ARANZADI».

